

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 1.^o Octubre de 1892

Núm. 18

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



¡BUENOS DÍAS!—CUADRO DE L. WITTICH

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B.— Medio Juan y Juan y Medio (episodios de 1812) (conclusión), por el P. LUIS COLOMA.— Retorno de la feria (poesía), por PABLO PIFERRER.— Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor DOUGLAS (continuación), traducción de J. COROLEU.— Nuestros grabados.— Pelotarismo, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).— Mesa revuelta.— Recreos instructivos, por JULIÁN.— Advertencias.

Grabados. — ¡Buenos días! cuadro de L. WITTICH.— Canción de cuna, cuadro de H. LAUENSTEIN.

Crónica

CONTINÚAN las huelgas dando que hablar en la nación vecina. Está muy lejos de hallarse calmada la agitación socialista en el Paso de Calais, en donde siguen en lucha obreros franceses y belgas. Los primeros, como ya lo dijimos, olvidan la palabra fraternidad, que tanto suena en boca de los revolucionarios de todas las escuelas, y no quieren tener la concurrencia de los obreros belgas. Aun cuando en parte no pequeña hayan cedido las empresas mineras, los trabajadores franceses no se dan por satisfechos todavía y quieren imponer condiciones y que se les den garantías de que serán cumplidas. De ahí la agitación que todavía hay en Lens, Lievin y otros puntos.

A la vez en Carmaux reina de momento la tranquilidad material, pero está muy lejos de dominar allí la tranquilidad moral. La cuestión que originó la huelga, por si lo ignoran nuestros lectores, provino de lo siguiente: Fué elegido alcalde un obrero, y éste, ante la investidura popular que se le había confiado, se creyó con derecho á trabajar sólo los días en que lo tuviese por conveniente. No lo juzgó así la Compañía en la que prestaba sus servicios y, ante sus repetidas faltas, lo despidió. Estalló en seguida la huelga, y los obreros huelguistas se organizaron en rondas para impedir que sus compañeros acudiesen al trabajo. No puede ser, por lo tanto, más infundado ni más injusto el motivo de la huelga. Enhorabuena que el obrero elegido alcalde acepte este cargo y que lo desempeñe, pero no se exija que la casa en donde trabaje haya de estar á merced de sus exigencias por aquel motivo. El gobierno francés no ha desplegado la energía necesaria para reprimir los excesos de los que ejercían coacción en sus compañeros; la huelga se ha ido prolongando, y á la fecha de las últimas noticias los huelguistas imperaban en Carmaux. Como hacían lo que querían sin que se les impusiese la menor resistencia, reinaba allí la tranquilidad material de que hemos hablado, pese a no obstante de conflictos y de peligros. Mientras tanto millares de obreros laboriosos se ven privados de ganar el pan para su sustento y el de sus familias por temor á las amenazas, traducidas tantas veces en hechos, de los alborotadores. En Carmaux, como en otros muchos puntos, los obreros habrán de ceder á la postre, después de haber ocasionado grandes daños á las empresas y cuando se encontrarán todos ellos sumidos en la mayor miseria. Las causas buenas no necesitan de medios violentos para abrirse paso. Cuando una reclamación es justa la opinión pública la apoya, y en interés mismo del capital acaban por aceptarla los patronos y las empresas en todas las ramas de la

industria. Los procedimientos revolucionarios siempre redundarán en perjuicio de los mismos que los emplean.

* * *

Petición justa es, por ejemplo, la que hacen las señoritas empleadas en tiendas de París. Exigen de ellas los dueños de los establecimientos que se estén de pie sin poder sentarse un instante siquiera, por espacio de doce y catorce horas al día. Aparte del cansancio que esta actitud continuada ha de producir, hasta á las más robustas, dicen los médicos que puede originárseles con facilidad trastornos graves en su salud. Las personas discretas y de buen corazón no saben ver qué necesidad hay de someter á aquellas señoritas á la especie de tormento que se les impone. Enhorabuena que se vigile para que no abusen del permiso de sentarse á fin de descansar algunos momentos, pero de esto á la prohibición media enorme distancia. En una reunión tenida en la Bolsa del Trabajo hicieron valer sus reclamaciones las señoritas que llevan la bandera en el asunto. Por desdicha, conforme sucede siempre en estas reuniones, á la exposición sentida y sencilla de los deseos de las reclamantes, hubieron de agregarse las peroraciones de mal gusto y las exageraciones que son de rúbrica ó poco menos en los *meetings* populares.

* * *

En Inglaterra los obreros muestran, por lo general, mayor cordura que sus compañeros del continente. En dicha nación, verbigracia, se ha alzado también pendón en favor del jornal de ocho horas, y los agitadores de oficio, que pululan por allí como por todos los países, han gastado mucha saliva para preconizar la excelencia de semejante disposición en beneficio de los trabajadores, pidiendo, en consecuencia, que la duración máxima del jornal se impusiese por una medida legislativa. A esto, empero, se han opuesto los obreros que conocen la índole de determinadas industrias, en las cuales no es posible fijar de un modo taxativo la duración máxima del jornal, como también aquellos que encuentran en su prolongación un medio de aumentar su salario y por ende de procurarse un mayor bienestar para ellos, sus mujeres y sus hijos. El socialismo, con todo, no ceja en su propaganda, y ante la lucha que se ha abierto, el Congreso de los *Trade's unions* que se ha tenido en Glasgow se ha visto forzado á aceptar el jornal de ocho horas, si bien con un aditamento en el acuerdo que hasta cierto punto lo invalida. Por 205 votos en pro y 155 en contra decidió el mencionado Congreso aceptar las ocho horas diarias para toda clase de oficios, pero admitió á la vez que el proyecto de ley que se someta al Parlamento contenga una cláusula en la cual se consigne que sea potestativo á los individuos organizados de una corporación ó de un oficio, cualquiera que éste sea, desear el jornal de las ocho horas para la corporación, exceptuándose únicamente á los mineros de lo acordado en esta cláusula. El Congreso de las *Trade's unions* deja, por lo tanto, abierta una ancha puerta á la libre contratación del trabajo.

* * *

Siguen llegando de la América Meridional noticias de agitación y revueltas. En el Uruguay existe una crisis política y financiera por haberse hecho impopulares el presidente Herrera y las Cámaras. En la República Argentina el general Roca, uno de los personajes de mayor viso, ex presidente y que ha representado papel importantísimo, ha sido derribado del puesto de presi-

dente del Senado, lo cual ven con cierto temor cuantos desean la tranquilidad de aquel país. Ignórarse si el desaire dado al general Roca podrá ser motivo de que éste se presente en oposición al futuro presidente señor Sáenz Peña, lo cual sería causa forzosamente de nuevas luchas políticas y de nuevas perturbaciones. Mientras tanto el gobierno argentino nada hace para mejorar su estado financiero y para cubrir los compromisos que tiene contraídos con sus acreedores del extranjero. El disgusto de éstos se transparenta en los periódicos ingleses, los cuales censuran al actual presidente señor Pellegrini porque ha permitido que se empleen fuertes sumas en barcos de guerra acorazados y en armamentos inútiles, á la vez que ha descuidado el pago de las obligaciones financieras.

A los armamentos se debe asimismo la situación apurada en que se halla la hacienda de muchos Estados europeos. Italia, entre ellos, ha construído es verdad soberbios acorazados que ha ostentado ahora en las fiestas de Génova y ha levantado fuertes artillados con todas las exigencias de la balística moderna, pero al compás de estos armamentos ha visto crecer su deuda, al punto de poner en peligro la existencia misma de aquel Estado, coloso con pies de barro, compuesto de comarcas mal avenidas, y entre las cuales existen vivos antagonismos, minado, además, en todos los momentos por el despojo hecho al Papado, cuando revolucionariamente se apoderaron de sus Estados las tropas de Víctor Manuel. Alemania es presa igualmente de las dificultades que le ocasionan los considerables gastos que está realizando siempre para el aumento y mejoramiento del ejército y de la marina; su deuda era en 1877 de diez y seis millones de marcos y es en el día de mil seiscientos millones, guarismo que forzosamente ha de espantar á sus hombres de gobierno, por hábiles que fueren en vencer las más arduas dificultades.

Las elecciones para la renovación de parte de las Diputaciones provinciales se han hecho en nuestro país con la mayor tranquilidad, resultando elegidos en una gran mayoría los candidatos adictos al gobierno. Los tradicionalistas han acudido también en esta ocasión á las urnas y han logrado el triunfo de alguno de sus candidatos. El cuerpo electoral en el conjunto se ha mostrado muy frío, al punto de que el domingo día 11, en que se verificaron las elecciones, ni siquiera se advirtiese lo que pasaba en muchísimas poblaciones importantes. Casi con las elecciones ha coincidido el brindis que pronunció en Oviedo el jefe del partido fusionista señor Sagasta, quien prometió el oro y el moro para cuando se halle en el poder. Bueno fuera que lo hiciese, y nosotros se lo aplaudiríamos cuando llegare el caso, pero una cosa es predicar y otra dar trigo, y más en la política que en todo otro terreno.

B.

Medio Juan y Juan y Medio

(EPISODIOS DE 1812)

(CONCLUSIÓN)

III

Era el intento de los franceses reunirse con la columna del mariscal Soult antes del amanecer, hora en que debía

llegar aquélla á Jerez de la Frontera: tomaron para esto un atajo que, según Medio Juan, que conocía palmo á palmo todo aquel terreno, ahorraba gran trecho de camino. No era ésta, sin embargo, la razón que había movido á Medio Juan á guiarles por aquella senda; harto había comprendido el ladino carbonero que no era pólvora, sino oro, lo que en aquellos barriles se custodiaba; y atraída su codicia hacia aquel tesoro, con la fuerza irresistible con que el imán atrae el acero, formó al punto el temerario proyecto de apropiárselo en todo, ó en parte al menos.

Determinó por el pronto llevarlos por aquel camino, no más corto, sino más difícil y escabroso, para que la misma dificultad de la marcha le dejase obrar más libremente; después comenzó á coordinar su plan, dando vueltas á su idea, con la misma ansia con que las da el gato en torno del pernil que contempla desde el suelo colgado en alto.

Juan y Medio participaba también de la sospecha y de los deseos de su compadre; incapaz, sin embargo, de llevar á cabo ninguna empresa de otro modo que á estacazos, ponía todas sus esperanzas en el ingenio de su compañero, esperándolo todo de su inventiva, y temiéndolo todo de su bellaquería.

Dos horas caminó el destacamento, aguantando la copiosa lluvia que caía, y hundiéndose hasta las rodillas en el barro del camino. Marchaban en medio ambos compadres, llevando del diestro los borricos, y rodeados de soldados que, no obstante la oscuridad, incesantemente los vigilaban. Descomponía á veces el orden de marcha la misma dificultad del camino, y estas eran las ocasiones que acechaba Medio Juan para cruzar rápidamente con su compañero algunas palabras.

—Compadre, ¿tiene usted ahí una navajilla? le dijo de repente en voz baja.

—¿Para qué la quiere usted? contestó Juan y Medio desconfiando siempre.

—¡Si será pa afeitarme, caramba! replicó Medio Juan, comprimiendo la ira. ¡Deme usted una navajilla, y dos de esos barriles son nuestros!...

Juan y Medio sacó de su faja una pequeña navaja, y se la entregó á tientas á su compadre. Éste detuvo un poco el paso hasta colocarse junto al último de los borricos, y siguió caminando en silencio; la lluvia había cesado, y un fuerte viento desunía las nubes, dejando aparecer alguna que otra estrella. A poco comenzó Medio Juan á cantar, primero entre dientes y luego en voz alta, algunas coplas andaluzas. Mientras tanto iba desatando, con el mayor disimulo, el ronzal del borrico; ató luego uno de sus extremos á una pata delantera del animal, y tomando el otro cabó se acercó á Juan y Medio.

—Tome usted esta cuerda, compadre, le dijo. Antes de diez minutos llegamos al Salado... En cuanto cante yo la copla *La buena de mi suegra, jale* de la cuerda con fuerza para que caiga el borrico... y adelante sin pestañear... ¡Mucho ojo, compadre, por María Santísima!... *jale* usted en cuanto remate la copla... y, si no la remato, quieto hasta que la remate... ¿Está usted impuesto?

—Sí, señor, respondió Juan y Medio.

—Pues mucho ojo, compadre!... *Miste que la cabeza nos jié* (hiede) ya á pólvora francesa...

Luego se subió de un brinco en el borrico, como si estuviese cansado de caminar, y se puso á cortar con la navaja las fuertes cuerdas que mantenían pendientes ambos barriles á uno y otro lado de la albarda.

Oíase ya, en efecto, el ruido de un arroyo que, acre-

centado por las lluvias, se deslizaba, más turbulento que de costumbre, por su lecho de arenas y guijarros. Podíase, sin embargo, vadear fácilmente por aquella parte, adonde tan sólo llegaba el agua muy por debajo de la rodilla de un hombre. Aquel arroyo era el Salado.

Medio Juan seguía montado en el burro, entonando de cuando en cuando sus coplas, sin que extrañase esto á los franceses, conocedores ya de esta costumbre tan general y constante entre el pueblo de Andalucía. Había calculado Medio Juan tan exactamente el tiempo necesario para cortar los cordeles, que al entrar los borricos en el vado estaba ya la obra terminada. Entonces comenzó á cantar:

La buena de mi suegra
me dió unas medias...
cada vez que reñimos
me quedo en piernas.

Al terminar el último verso, Juan y Medio tiró de la cuerda, y el burro cayó en mitad del vado, ahogando con su ruido, al caer en el agua, el que produjeron ambos barriles al caer á la vez en el fondo, en donde quedaron clavados por su propio peso, sin que la corriente tuviese fuerza para arrastrarlos. Al mismo tiempo hundió Medio Juan la navaja en las ancas del burro, y libre ya éste de la carga y hostigado por aquel horrible aguijón, se levantó instantáneamente, arrastrando á su dueño á la otra orilla del arroyo.

Fué esta maniobra tan rápida y hábilmente ejecutada, que los franceses pasaron el vado y siguieron su camino sin notar que uno de los burros caminaba ya sin carga. Medio Juan juraba y renegaba del baño á que le había obligado la caída del borrico, y los franceses se reían de sus juramentos, no extrañándose de que el mal humor le hubiese hecho cesar en sus cantos.

Caminaron todavía cerca de media hora hasta llegar á un estrecho callejón, guarnecido á derecha é izquierda de espesos vallados de tunas y pitas, que, según Medio Juan aseguraba, iba á desembocar en la carretera, á una legua larga de Jerez; allí pensaban los franceses esperar hasta el alba la llegada de la columna que el mariscal Soult mandaba.

Al entrar en el callejón, cambiaron rápidamente los dos compadres algunas palabras. Era el callejón largo, y de tal manera estrecho, que los dos espesos vallados llegaban á unirse en lo alto, formando una especie de bóveda que presentaba por todas partes las punzantes espinas de las tunas.

Veíanse forzados los franceses, para evitarlas, á caminar casi en hilera, buscando siempre á tientas el centro del callejón, y guiados por el sonido de los cencerros que los burros llevaban. Medio Juan caminaba arrimado al vallado de la izquierda, procurando evitar las espinas, al mismo tiempo que parecía buscar en él algo con una varilla que llevaba en la mano. Detrás venía su compadre.

De repente desaparecieron ambos Juanes en el vallado, cual si se los hubiese tragado la tierra; habíanse entrado por un portillo conocido de ellos, y se hallaban en el interior del viñedo que el vallado defendía. Aquel era el instante del peligro; diez minutos permanecieron ambos compadres inmóviles, conteniendo hasta la respiración, empuñando Juan y Medio su trabuco, que no había abandonado, y escondiéndose Medio Juan tras las fornidas espaldas de su socio.

Pasó al fin todo el destacamento sin notar la falta de los carboneros, y fuese perdiendo á lo lejos el rumor de

los pasos y el eco de los cencerros, que resonaban pausadamente.

Entonces dijo Medio Juan, resollando con fuerza:

— ¡Compadre... dese usted con los talones en el cogote si no quiere que los franchutes le *afusilen*!...

Y corriendo desalmadamente atravesaron el viñedo por la parte opuesta, volviendo en menos de media hora al vado del arroyo. A tientas buscaron y hallaron los dos barriles, cuyo peso les haría resistir á la corriente, como Medio Juan había previsto. Rodáronlos con gran trabajo hasta una alcantarilla arruinada, distante un tiro de piedra, y los escondieron en una cavidad en que los trajinantes y contrabandistas solían hacer fuego, y ellos mismos lo habían hecho repetidas veces.

Entonces se separaron ambos compadres: Juan y Medio había de permanecer por las cercanías hasta la noche siguiente, guardando el escondite; Medio Juan había de ir á Sanlúcar, informarse de si los franceses se habían definitivamente retirado y volver á la noche con la burra que les quedaba, para trasladar al pueblo el misterioso tesoro.

Al partir Medio Juan, le detuyo Juan y Medio por un brazo.

— ¡Compadre, le dije, como toque usted á la espuela que quedó allí con el dinero, le pego un palo en la nuez que no lo cuenta!...

— ¡Que no reventara usted de desconfiado! exclamó Medio Juan ofendido. Pierda usted cuidado, que no muere la burra el pesebre cuando le echan cebada.

Juan y Medio se sentó encima del escondite, y Medio Juan tomó el camino del pueblo, con una agilidad que maravillaba en su raquírica naturaleza. A poco le oía su compadre cantar á lo lejos, con una tonada de la época:

Franceses vienen por tierra,
franceses vienen por mar.
¡Ja, ja, qué risa me da!
¡Ja, ja, qué risa me da!

IV

Cuando Medio Juan llegó á Sanlúcar estaba ya muy entrado el día, y la gente se agitaba por todas partes celebrando la retirada de los franceses. Habíanse despachado emisarios en varias direcciones para averiguar si la retirada era definitiva; y con el fin de defender al pueblo, en el caso de que los invasores volvieran, acudían al Ayuntamiento numerosos pelotones de hombres armados. Medio Juan se guardó muy bien de decir á nadie una palabra de lo que sabía, y se encaminó sin vacilar á su tienda. Consistía ésta en una sola pieza, ocupada en su mayor parte por el carbón que servía para el consumo diario de los marchantes: en el lado opuesto había un mostrador mugriento y desvencijado, en que se veían clavadas algunas monedas falsas y un peso de latón cuyo fiel no era seguramente el de la balanza de la Justicia.

Había en la pared del fondo, ennegrecida por el polvo del carbón, una estampa de la Virgen del Carmen pegada con pan mascado, ante la cual pendía una candileja, día y noche encendida. Encima del mostrador se hallaba colgado un sucio cartel con este letrero, cuya inmutabilidad transformaba en presentes *hoy* todos los futuros *mañana*, y en capital efectivo todos los créditos inciertos:

Oy no se fia aquí; mañana si.

La primera diligencia de Medio Juan al entrar en la tienda fué buscar la espuela en que había escondido la noche antes el dinero, y la encontró intacta en el mismo

sitio en que la había dejado. Metióla debajo del mostrador, sin registrar su contenido, ya fuese por temor á la amenaza de su compadre, ya porque el gran caudal de que se creía dueño satisficiese su rapaz codicia; restregóse entonces las manos de gusto, y encendió la candileja que colgaba ante la Virgen. Entró luego á visitar la burra, que, solitaria en el establo, le saludó levantando una oreja y después otra, al compás de un lastimero rebuzno. Medio Juan le echó un buen pienso para prepararla al viaje que le esperaba, y, volviendo á la tiendecilla, se tendió sobre una manta para descansar un rato.

No pudo, sin embargo, estar mucho tiempo tranquilo: una agitación febril le hacía moverse de un lado á otro, no obstante la fatiga de la noche pasada; y de tal manera le preocupaban el miedo de que los franceses volviesen y el ansia por registrar las entrañas de aquellos misteriosos barriles, que, por primera vez en su vida, se distrajo hasta el punto de pesar, sin sisa de ningún género, una libra de carbón que entró á comprar una vieja.

A eso de las cuatro de la tarde, llegó la noticia de que los franceses se habían incorporado á la columna de Soult, en Jerez de la Frontera, y que, sin tomar descanso alguno, seguían para Sevilla. Nadie hablaba, sin embargo, de la aventura de los carboneros, ni jamás se supo tampoco cómo y cuándo habían notado los franceses su huída y el robo que les habían hecho.

Medio Juan respiró al fin libremente, y, no pudiendo esperar más su impaciencia, aparejó la burra sin perder tiempo y tomó el camino de la alcantarilla del Salado. *Cargaron sin dificultad ambos compadres el pesado robo, y antes de la media noche estaban de vuelta en la tienda.*

Viérone al fin á solas y en seguro, teniendo delante aquellos misteriosos barriles, que ya podían llamar sin temor suyos, y en cuyos senos esperaban encontrar las minas de California. Medio Juan temblaba como un azogado, y derramaba el aceite del candil con que alumbraba á su compadre. Éste rompió de un hachazo la tapa de uno de los barriles. Medio Juan abrió desmesuradamente los ojos, para ver mejor los montones de *peluconas* que esperaba: sólo apareció una capa de arena.

Juan y Medio soltó un juramento.

—¡Ajonde usted, compadre!... ¡Ajonde usted! exclamó Medio Juan con angustia; que, para llevarse arenas de la mar, lo mismo las hay en Francia...

Juan y Medio metió ambas manos en la arena y tropezó con un objeto duro: extrajo una parte de ella, y apareció entonces por un lado la cruz de plata de un copón, y por otro la dorada copa de un cáliz.

—¡Jesucristo! exclamó Juan y Medio retrocediendo aterrado.

Medio Juan se puso pálido como un cadáver, y se llevó las manos á la cabeza.

—¡La jicimos, compadre, la jicimos! murmuraba.

Juan y Medio levantó á pulso el barril, y con una viga rosa sacudida lo vació en el suelo de un golpe. Cayeron entonces, mezclados entre las arenas, cálices de oro y plata, copones riquísimos y viriles guarneados de brillantes y perlas. Medio Juan se inclinó para levantar un copón de oro.

—¡No toque usted á eso, compadre!... ¡No toque usted á eso, que se le van á secar esas manos tan sucias! exclamó con terror Juan y Medio.

Abrieron entonces el otro barril, y apareció también lleno de ricas alhajas de iglesia, robadas por los franceses en templos y catedrales.

Juan y Medio se sentó en el mostrador sin decir palabra, y Medio Juan se dejó caer sobre el carbón dando gemidos.

—¡La jicimos, compadre, la jicimos! repetía con voz lastimera. ¡Tres borricos tirados á la calle! ¡Dos noches de fatiga... y un dolor en el espíñulo, que no me puedo doblar, de los malditos chapuzones en el Salado!...

Ni por un momento pasó por las mientes de los dos carboneros la idea de apropiarse aquel rico tesoro que pertenecía á la Iglesia. ¡Tan grande era en aquel tiempo el respeto que imponían las cosas santas aun á los más desalmados! ¡Hasta tal punto sabía enfrenar la palabra *sacrilegio* la codicia de aquellos dos bribones á quienes irritaba su defraudada esperanza, y que no osaban, sin embargo, compensarse, con una pequeña parte de aquellas inmensas riquezas, las fatigas pasadas y los daños recibidos!...

Juan y Medio golpeaba furiosamente con sus enormes pies las tablas del mostrador.

—¿Y qué nos hacemos ahora, compadre? preguntó al fin de repente.

—Buscar una *jiguera* alta, y ahorcarse, contestó Medio Juan con desaliento.

—Pero adónde llevamos todo eso?...

—¡Y yo qué sé, compadre!... Haga usted una leva de monaguillos, y que lo vengan á recoger...

—Pero no ve usted, exclamó Juan y Medio saltando exasperado del mostrador, que, si nos metemos en líos con la justicia, salimos con un grillete?...

—¡No sea usted bruto, compadre!... que á nadie han ahorcado todavía por devolver lo que no es suyo... Mañana se le avisa al cura, y se hace lo que su merced mande.

Así lo hicieron, en efecto, ambos compadres, no bien hubo amanecido, sin que hubieran osado ni aun levantar del suelo aquel tesoro de la Iglesia. El párroco determinó dar parte al obispo, y dos días después quedaban en poder de éste las alhajas restituídas y recibían los dos Juanes, por mano del mismo párroco, una cantidad suficiente para compensar la pérdida de los borricos y para indemnizarles de las fatigas pasadas.

—¿Y qué clase de hombres son esos? había preguntado al párroco el obispo.

—Son dos hombres de mala nota, que á la sombra de una carbonería prestan dinero á subidísimo premio.

El obispo cruzó las manos admirado.

—Loado sea Dios, dijo, y bendita la tierra en que hasta los hombres de ese jaez respetan de este modo las cosas santas!... Mientras sea éste el sentir de nuestro pueblo, no hay miedo de que triunfe entre nosotros la revolución que ha destrozado á Francia...

Medio siglo después, la revolución había triunfado del todo en España, y los hijos de aquellos hombres amenazaban la propiedad de los ricos, enarbolando la bandera del socialismo.

Habían precedido otros hombres más elevados que, violando la propiedad sagrada de la Iglesia que el pobre respetaba, le habían enseñado á violar sin escrupulo la propiedad menos sagrada de sus palacios, que ellos querían hacer respetar. Ellos desataron los vientos, y las tempestades no se han hecho esperar; habían removido el arca del altar en que toda la sociedad descansa, y ésta se convierte hasta en sus cimientos, amenazando sepultar á inocentes y culpables...

Modérense, pues, las quejas, y procúrese más el remedio; que todo daño lo aminora la compensación, todo

pecado lo borra el arrepentimiento, y á un pueblo descolonizado le vuelven á catolizar la enseñanza, la caridad y el ejemplo (1).

P. LUIS COLOMA.

Retorno de la feria (2)

Las ferias de Cataluña
son ferias muy celebradas;
mas la de Vich es la reina
de las ferias catalanas.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

De Vich á la feria acuden
doncellas de la montaña,
las de las frescas mejillas,
y más que frescas rosadas.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

También bajaba á esta feria
en otro tiempo Rosaura;
mas ella bajó en mal hora,
que sólo marcó desgracia.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

Era la rosa gentil
del monte y de la llanada:
la mano que la cogió
fué, si aleve, afortunada.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

Un año cumple esta feria
des que abrió al amor el alma:
un año cumplirá pronto
que la llora la comarca.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

Bien se la vió huir en grupa,
del vil amante abrazada:
no se la ha vuelto á ver, no,
ni en el monte ni en la plana.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

A amar comenzó en la feria,
cedió á traidoras instancias;
¡ay! robada fué la rosa;
un año cumple mañana.

¡Holal la gaita aliente,
cantad alegremente, alegremente.

(1) En el prontuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan sólo en Andalucía; lo cual prueba no ser este un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entonces dominaba.

(2) Esta composición es una de las más características de Piferrer, así por el fondo como por la forma. Se ha notado que este malogrado ingenio catalán, que se distinguía entre todos por el dominio de la lengua castellana cuando escribía en prosa, era duro, algo incorrecto y poco espontáneo cuando escribía en verso. No es el solo gran prosista que se mostró inferior á sí mismo al versificar; pero en Piferrer no se puede achacar todo á la dificultad que tuviera para expresar sus pensamientos sujetándose á las exigencias del arte métrico, sino también á sus aficiones á la poesía popular, que en él eran una verdadera pasión. He aquí cómo lo juzga el P. Blanco: «Piferrer (1818-1848) enarból la bandera del espiritualismo cristiano, y abarcó en vasta y comprensiva mirada el conjunto de las Bellas Artes, al cual llevaba la elevación y la originalidad que su excelso compatriota Balmes desplegó en el terreno de las ciencias sociales y políticas. Alma enamorada de la belleza ideal, de la que tuvo hambre y sed insaciables, y a cuyo culto consagró fervorosamente los días de una existencia, que imitó á la de las flores en lo brillante y en lo fugaz, inteligencia altísima aliada con un corazón donde latía una fibra para cada sentimiento generoso y puro, Piferrer estaba tallado para iniciar una gran restauración, cuyo bosquejo se columbra en sus escritos. Los primeros volúmenes de los *Recuerdos y bellezas de España* anuncian al arqueólogo romántico que vive en comunicación inmediata con la Naturaleza y con la Historia, interpretando su lenguaje con palabras que tienen mucho de ritmo poético, del colorido pictórico y de la nota universal».

Acabada está la feria;
doncellas de la montaña
no han faltado muy gentiles;
sólo la rosa faltaba.

Ea, la gaita aliente;
niñas, danzad, danzad alegremente.

Ya los vaqueros se vuelven,
ya retornan las yeguadas:
muy buena ha sido la feria,
mucho y rico se mercaba.
¡Holal! la gaita aliente
retornad de la feria alegremente.

Por el puente buhoneros,
payeses, y vos, gitana,
tropa de chalaneras, hembras,
todos los que no cabalgan.
¡Pffit! pffit! honrada gente
pasad alegremente, alegremente.

Por el puente y por el vado
el arroyo todos pasan:
no pasa, no, una mujer
al pie del puente sentada.
¡Holal! la honrada gente,
pasad alegremente, alegremente.

Llorando, llorando mira
el arroyo y los que pasan:
el agua corre, ella llora,
sólo ella y el agua callan.
¡Ved! el sol va al Poniente,
retornad de la feria alegremente.

«—Buena feria, vive Cristo,
la ganadería espanta.
—Pues misa fe, mercancías
¿quién tantas visto y tan raras?»
¡Ohé! el júbilo aumente,
parlad alegremente, alegremente.

«—¡Hum! ¡gran gentío! las niñas
muy arreadas la plaza
matizaban como flores.

—Sólo la rosa faltaba.»
¡Ohé! el júbilo aumente,
parlad alegremente, alegremente.

Mas esa mujer llorando
mira el agua y los que pasan:
el agua corre, ella llora,
sólo ella y el agua callan.
¡Hola, ohé! al vado, al puente,
pasad alegremente, alegremente.

«Quién es la airosa pareja
que en esa mula cabalgá?
El la acémila dirige,
en la grupa ella le abraza.
¡Picad! al vado, al puente,
en grupa alegremente, alegremente.

En chupa y almilla él luce
botonadura de plata:
ella collar y sortija,
de novia las arracadas.

Muere el sol en Poniente;
trotad alegremente, alegremente.

Las arracadas de novia
hoy por primera vez saca:
ella en la plaza escogiólas,
en la feria él las compraba.
¡Ohé! el júbilo aumente
en grupa alegremente, alegremente.

«—¡Helos que vienen los novios!
ved la alegre cabalgata.
—Rico y grande parentesco
cuenta el «hereu» de Valldaura.»
¡Viva! el júbilo aumente,
hablad alegremente, alegremente.

«—¡La «pubilla» de Altafulla
lleva lucida compañía!

—Niña feliz, pues cautivas
el galán que burló á tantas.
¡Viva! el júbilo aumente,
parlad alegremente, alegremente.

Al son de los cascabeles
esa mujer se levanta;
de la frente los cabellos
con ambas manos aparta.
¡Picad! al vado, al puente,
trotad alegremente, alegremente.

Ya no llora, ya no mira
ni el agua ni los que pasan:
sólo en la airosa pareja
la azorada vista clava.
¡Aprisa! al vado, al puente,
trotad alegremente, alegremente.

«—No hayas miedo, esposa mía,
amor mío, ¿qué te espantas?
Abrázame así: mí mula
es fuerte y no teme el agua.
¡Ánimo! al vado, al puente,
trotad alegremente, alegremente.

Esa mujer sobre el pecho
lleva las manos entrambas:
la mula se arroja al vado,
tras ella la cabalgata.
¡Hau! cortad la corriente,
pasad alegremente, alegremente.

Alegres todos arrean,
la espuma rebulle y salta:
esa mujer cae al suelo,
su pecho se despedaza.
¡Hau! cortad la corriente,
pasad alegremente, alegremente.

Pasó la airosa pareja,
ya pasó la cabalgata:
cabe al puente está la muerta,
murmurando corre el agua.
Con la luna naciente
returnad de la feria alegremente.

PABLO PIFERRER.

Una señorita china graduada

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

FOR

EL PROFESOR DOUGLAS

CAPÍTULO III

EGLANTINA encontró, en los frecuentes ratos de aislamiento que le proporcionaba el viaje, ocasiones sobraditas para reflexionar seriamente acerca de la singular posición en que se encontraba. Confesábase á sí misma que hasta entonces no había hecho más que seguir los impulsos de una voluntad caprichosa, con la mira de escapar á las complicaciones que la rodeaban, aunque fuese sacrificando la verdad sin escrupulo ni reparo. No desconocía que esta conducta podía acarrearle serios contratiempos y tal vez algún disgusto de mayor cuantía.

Cuando tenía más tranquilo el ánimo experimentaba como un instintivo presentimiento de que iba aproximándose á toda prisa el momento crítico.

A la mañana siguiente despertó con el espíritu muy preocupado. Vistióse con más esmero que de costumbre para ir á visitar á sus compañeros, que nada sabían por

cierto de su llegada, poniéndose una túnica de seda azul y una chaqueta de raso color de manteca que á Tu le gustaba mucho y un sombrero nuevo flamante. Estaba tan linda de este modo, que los viandantes parábanse absortos á contemplarla, diciendo:

—¡Guapo muchacho! Más parece una chica de diez y ocho años que un hombre.

La posada en la cual se habían alojado Tu y Wei era un establecimiento digno de tan distinguidos huéspedes.

Al preguntar por ellos Eglantina, hicieronla entrar en un patio en el cual, á la sombra de un copudo y frondoso algodonero, estaba Tu tomando muy á su sabor el fresco. Ocioso fuera decir que el gozo que sintió al verle sólo podría compararse al que él experimentó ante su inesperada aparición. Parecía á Eglantina que la presencia de su amigo la libraba de sus tristes pensamientos y la ponía á cubierto de toda nueva molestia, y así encontraba un gusto especial en contestar á sus preguntas y hacérselas á su vez, como sedienta de oír la voz de tan buen camarada. Ambos tenían que decirse muchas cosas, y hacía un buen rato que estaban departiendo muy sabrosamente, cuando se pronunció el nombre de Wei, advirtiendo entonces Eglantina su ausencia por vez primera. Preguntó por él, y Tu le respondió:

—Ha partido hace algunos días, diciendo que un asunto urgente le obligaba á volverse á toda prisa. No me dió explicaciones, pero es indudable que es cosa de importancia.

Eglantina no hizo ningún comentario, aunque en su interior estaba bien segura de haber adivinado la causa de tan precipitado regreso.

Tu, que atribuía su silencio á las reflexiones inspiradas por esta partida inesperada antes de arreglarse el asunto de su padre, apresuróse á añadir:

—Él se fué muy esperanzado respecto á la causa de tu padre y convencido de que ya no era necesaria aquí su presencia.

—¿Y en qué estado se halla ahora? preguntó ansiosamente Eglantina.

—Hemos elevado un memorial á palacio, arreglándonos de modo que se despache favorablemente. Por fortuna tenemos un amigo en el ministerio de la Guerra, que se ha ofrecido á apoyarnos con toda su influencia, prometiéndonos que se nos contestará dentro de pocos días.

—Yo, dijo Eglantina, traía también un memorial redactado por mi padre. ¿Te parece que lo presente?

—Si he de hablarte con franqueza, te diré que tan peligroso me parece pecar por exceso como por defecto. En las oficinas del ministerio siempre produce mal efecto la exuberancia de solicitudes.

—Está bien, replicó Eglantina. Yo haré lo que á ti te parezca más conveniente.

Hablando de otra cosa, replicó Tu, lo que más conveniente me parece ahora es que vengas á vivir á esta posada. Precisamente ahora está vacante la habitación de Wei, y si vinieses á ocuparla, tu compañía fuera muy grata para mí, que vivo tan aislado. Además, debes considerar que el barrio que habitas es tan apartado del centro, que vivir allí viene á ser lo mismo que si te hubieses quedado en Mienchu.

Estas palabras turbaron profundamente á Eglantina. Aunque estaba acostumbrada á la compañía de Tu, no había vivido nunca con él bajo un mismo techo, y occurríosele al punto que había de serle difícil guardar su secreto hallándose constantemente á la vista de su amigo. Con todo, estaba ya tan acostumbrada á evitar estas di-



CANCIÓN DE CUNA
CUADRO DE H. LAUENSTEIN

ficultades y á confiar en la fortuna, que hasta entonces se le había mostrado propicia, que respondió muy tranquila:

—Tienes razón; voy en busca de mis efectos y vuelvo en seguida.

Tras esto despidióse, y Tu volvió á su butaca. Quiso el diablo que Eglantina hubiese dejado, al partir, la cartera que contenía el memorial de su padre encima de la mesa, que fué una excelente ocasión para tentar la curiosidad de Tu con el especioso pretexto de que tal vez en aquel escrito se hacía mérito de algún argumento omitido en el memorial presentado al ministro de la Guerra.

Debemos hacer á Tu la justicia de decir que no era de suyo entrometido ni curioso, mas la tentación fué tan poderosa que, cerrando el libro que estaba leyendo *Anales*

de la primavera y el otoño, y acercándose á la mesita, abrió la cartera de Eglantina. Al principio encontró un gran número de tarjetas de visita encarnadas, que llevaban inscrito el nombre de Wun Tsunk'ing, en caracteres negros y debajo de ellas el memorial. Tu lo leyó atentamente, diciendo en su interior que estaba muy bien redactado y atribuyéndolo á Eglantina, cuya mano se revelaba así en el estilo como en el carácter de letra del documento.

—Si nuestro memorial, pensó entonces, no produce efecto, probaremos fortuna con éste.

Iba á sentarse otra vez, cuando vió otro documento escrito también por Eglantina, y pensando que había de tener relación con el anterior, púsose á leerlo, viendo que decía de este modo:



A la sombra de un copudo y frondoso algodonero estaba Tu tomando muy á su sabor el fresco

«La fiel señorita Wun, de Mienchu Hien, quemando severamente incienso al dios de la guerra, le ruega que libre á su padre de las penas que le afligen y devuelva á ella la paz del alma, anulando, como ardientemente lo apetece, el compromiso que contrajo á consecuencia de la flecha de bambú y del precioso tarro de pomada. Lo suplica rendidamente.»

Tu quedó literalmente petrificado al leer estos renglones. Volvió á leerlos, como si le pareciese imposible lo que decían, y soltó una larga y estrepitosa carcajada, exclamando:

—¿Es decir que esa chica se ha estado burlando de mí por espacio de muchos años?... Entendámonos, añadió después de una pausa, como procurando disculparse de su inocencia: yo no caí del todo en el lazo, porque ya me daba el corazón que el Joven Noble tenía algo de mujer. Plegue al cielo que no sea como esos genios que aparecen sobre la tierra para burlar á los hombres, y después de haberles enamorado vuelven á remontar el vue-

lo dejándoles sumidos en la desesperación del desengaño.

Mientras estaba entregado á estas y otras parecidas meditaciones, entró Eglantina, más hermosa que nunca, con sus mejillas sonrosadas por el ejercicio. Tu, al verla, prorrumpió en una carcajada tan recia y tan larga, que Eglantina se turbó, y creyendo que había algo extraño en su traje, no se cansaba de mirarse de pies á cabeza, lo cual aumentaba todavía la regocijada hilaridad de su compañero.

—¡Ah tunantuela! exclamó el joven cuando pudo ahogar la risa. ¿Conque te has estado burlando de mí una porción de años haciéndome creer que eres un hombre?

Confusa y avergonzada Eglantina, inclinó la cabeza diciendo:

—¿Quién me ha vendido?

—Tú misma, respondió Tu presentándole el documento acusador; ahí está la historia de la flecha que dis-

paraste con mano tan certera. Lo que no acierto á adivinar es eso que dices ahí de mi precioso tarro de pomada.

Confundida por tan abrumadoras pruebas, la pobre Eglantina no sabía qué decir ni osaba alzar los ojos á su compañero, el cual, viendo su confusión, le tuvo lástima y le acercó una silla invitándola á sentarse á su lado, y le dijo con acento conmovido:

—Ya recordarás que un día te dije en Mienchu, mientras nos dedicábamos juntos á los estudios de nuestra carrera, que hubiera dado algo bueno por verte convertido en mujer, por el gusto de ser tu marido. Bien ajeno estaba entonces de sospechar que fuera tan fácil el logro de mi anhelo. Ahora que me consta de una manera indudable, bien me permitirás que insista en mi pretensión, rogándote que consientas en labrar mi felicidad, uniendo tu existencia á la mía.

Al oír estas palabras, levantóse de súbito Eglantina, y con labio tembloroso y los ojos preñados de lágrimas respondió:

—No, es imposible.

—¿Por qué no? respondió sorprendido Tu.

—Porque estoy prometida á Wei.

—¿Cómo? ¿Conoce el secreto?

—No. ¿Recuerdas aquel día que disparé la flecha de bambú?

—¿Sí? ¿Y qué?

—Wei vió mi nombre grabado en la flecha, y yo, para ocultar mi secreto, le dije que tenía una hermana. Antojósele que había de casarse con ella, y yo cometí la locura de prometerle que apoyaría su pretensión. Ahora no tengo más remedio que confesarle la verdad y él tendrá el derecho de reclamar que me case con él poniéndome en el lugar de mi supuesta hermana.

—No lo veo yo así, replicó Tu. Yo tengo un derecho anterior al suyo, pues al llegar él, yo ya había encontrado la flecha y este derecho estoy pronto á disputárselo en todos terrenos. Pero, no te apures, que no es él capaz de darte ningún disgusto por este motivo.

—¿Lo crees así? preguntó Eglantina.

—Estoy seguro de ello, respondió Tu.

—¡Oh, qué contenta estaría! exclamó Eglantina muy rubrosa, pero henchida de gozo.

Tu volvió á tomarle la mano y la hizo sentarse de nuevo á su lado.

—Escucha, amigo mío, dijo ella después de una breve pausa, he de hacerte otra confesión.

—¿Cuántos compromisos tienes? preguntó sonriéndose Tu.

Eglantina le relató entonces la singular aventura que le había ocurrido con la señorita King. Tu, medio en broma, medio en serio, le preguntó:

—¿Cómo es posible que logres habituar tus labios á proferir tal sarta de embustes?

—¡Oh! Hay ocasiones en la vida en que tan fácil es mentir como difícil ser veraz y sincero. Lo que puedo asegurarte es que si cometí una mala acción mintiendo á sabiendas, he sido bien duramente castigada.

Así diciendo, la pobre muchacha cubríase el rostro con ambas manos, llorando á lágrima viva.

—La verdad es que te has metido en un berengenal, respondió Tu, pues si no mienten los informes, á estas horas te hallas comprometida nada menos que con dos hombres y una señorita.

En último resultado la situación era tan cómica, que Eglantina, á pesar de su aflicción, no pudo menos de echarse á reir. Esto serenó algún tanto su ánimo, permi-

tiéndole tratar sosegadamente con su novio del asunto, y esta conversación devolvió la sonrisa á sus labios y el brillo del contento á sus ojos, restaurando la singular belleza y la jovial expresión de su semblante.

Traducción del inglés por
J. COROLEU.

(Concluirá).

NUESTROS GRABADOS

¡Buenos días!

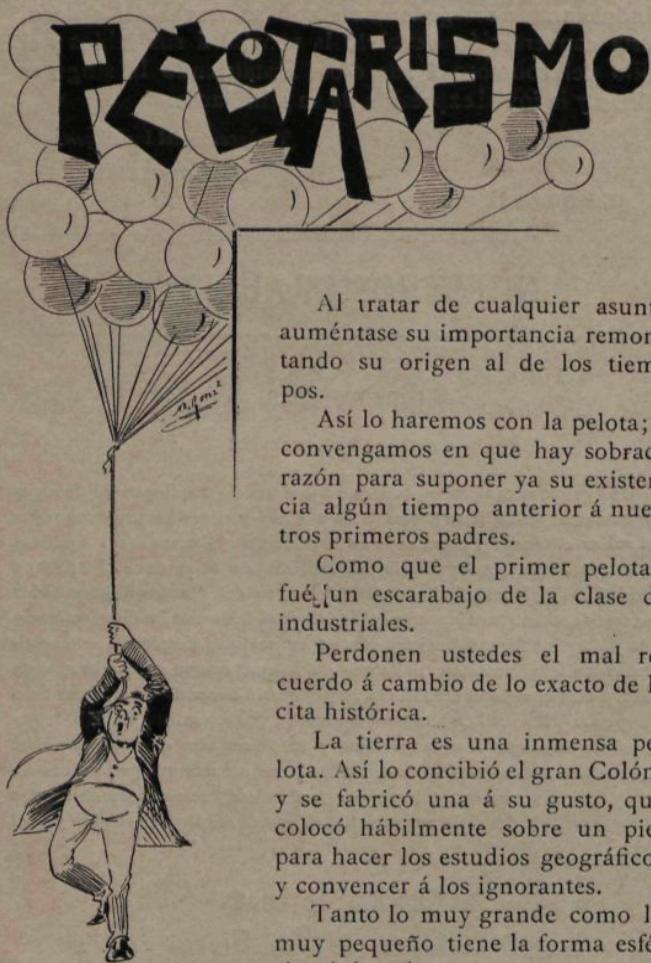
CUADRO DE L. WITTICH

Una graciosa campesina con el traje y tocado que llevan las de algunas comarcas de Italia se asoma á la ventana y al ver los primeros rayos del sol en el Oriente, prorrumpie en la salutación ¡Buenos días! Quédase encantada luego contemplando las bellezas de la mañana, la diáfana claridad del ambiente, la luz rosada del astro del día, los objetos todos destacándose con nitidez admirable sobre el horizonte, todo respirando vida y alegría. Alegría decimos porque en realidad despiertan este sentimiento las horas matinales, al revés de lo que ocurre así que avanza la tarde, y más cuando el crepúsculo vespertino va llenando de sombras todo el espacio. El rostro de la aldeana pintada por el artista Wittich descubre el regocijo que inunda su alma y el placer con que contempla el espectáculo y con que respira al par las auras suavemente perfumadas de la mañana. Un trozo arquitectónico en el balcón, resto acaso de alguna antigua morada del siglo xv, aumenta el interés del asunto elegido por el pintor.

Canción de cuna

CUADRO DE H. LAUENSTEIN

Grandioso carácter decorativo ofrece esta pintura del artista H. Lauenstein, en la cual se reconoce la influencia que Cornelius, Schnorr y Kaulbach han ejercido en Alemania. Los frisos que en la parte superior é inferior forman como un marco á la composición, están dibujados con cabal conocimiento del arte decorativo y con una elegancia de lápiz que no es preciso encarecer, porque ya lo harán por sí mismos nuestros lectores. Estos frisos aumentan la importancia del asunto y en ellos descansa por momentos la vista antes de recorrer todas las bellezas de la pintura. En la composición hay verdadera ciencia. En uno de los lados se concentra todo el interés en la gallarda matrona que está hilando en la rueca y en el infante puesto en la cuna. En el lado frontero tienen variedad de líneas, de grupos y de expresiones los geniecillos ó ángeles, lindamente dibujados y algunos de los cuales muestran, á nuestro juicio, que el autor ha visto y estudiado los que pintó en sus Concepciones nuestro insigne Bartolomé Esteban Murillo, á quien nadie se ha adelantado en punto á dibujar y pintar hermosos niños, con líneas realistas y con ideal colorido y expresión al propio tiempo. Hay en esta obra un cierto misticismo. *Canto de cuna* la titula el artista, mas parece adivinarse que las dos figuras principales son algo más que una madre y un hijo, como los que se encuentran en el mundo. Difírase que el infante en particular tiene algo de divino y que hay también en la madre una idealidad que eleva el espíritu hacia la Virgen madre concebida sin manilla. Si no se propuso Lauenstein ejecutar una pintura religiosa, llevó por lo menos el propósito de imprimirla una alteza que apartara al espectador de todo terrenal recuerdo. A la vez con el tema y con el título que le puso, quiso traer á la memoria los deliciosos cantos con que las madres arrullan á sus hijos en la cuna, en todos los países del mundo, cantos de una sencillez y de una poesía admirables, que han sido estudiados por los primeros compositores, y entre ellos el famoso Ricardo Wagner, quien sacó tal vez de esos cantos inspiración para sus mejores melodías y que no desdenó el ocuparse en componerlos, escribiendo varios dignos de ser colocados entre sus obras más sentidas.



Al tratar de cualquier asunto aumentase su importancia remontando su origen al de los tiempos.

Así lo haremos con la pelota; y convengamos en que hay sobrada razón para suponer ya su existencia algún tiempo anterior á nuestros primeros padres.

Como que el primer pelotari fué [un escarabajo de la clase de industriales.

Perdonen ustedes el mal recuerdo á cambio de lo exacto de la cita histórica.

La tierra es una inmensa pelota. Así lo concibió el gran Colón, y se fabricó una á su gusto, que colocó hábilmente sobre un pie, para hacer los estudios geográficos y convencer á los ignorantes.

Tanto lo muy grande como lo muy pequeño tiene la forma esférica ó de pelota.

Así sucede con los astros lo mismo que con el átomo, última división de la materia.



Por cualquier parte que abramos la historia de España, nos encontramos con la pelota jugando un papel importante, como señalando al *pelotarismo* donde la humanidad había de venir á dar de bruces.

Desde hace bastantes años, los pueblos civilizados dirimén sus cuestiones arrojándose, impulsados por la pólvora, pelotas de hierro ó plomo de varios calibres.

La salud se devuelve en muchos casos al enfermo con unas pelotitas fabricadas por el boticario.

Hasta nuestro suelo se empeña en darnos los frutos preferentemente en forma de pelota.

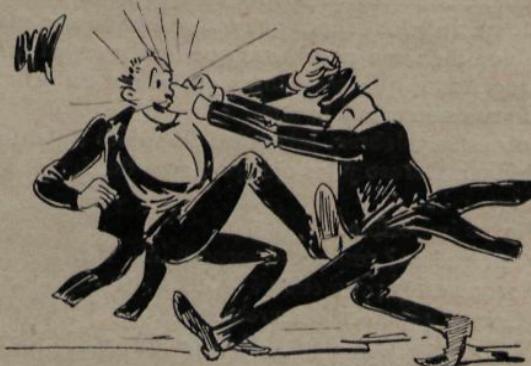
Naranjas, manzanas, melocotones, albaricoques, ciruelas claudias, madroños, nísperos, uvas y cien mil más.

No puede negarse la existencia de un algo misterioso que nos lleva al *pelotarismo*, como predestinados por una fuerza superior á las nuestras.

Tal era la opinión del célebre arquitecto español don Juan de Herrera, y así lo dijo simbólicamente al adoptar la pelota como elemento decorativo en todas las construcciones por él proyectadas.

Si la tauromaquia está en la masa ó en la materia inmunda, el pelotarismo está en el espíritu.

La vida nos la pasamos jugando á la pelota con nuestros compelotaris.



El *revés* ó sopapo y aun el boleo ó *bolea* se prodiga con excesiva frecuencia. Y siendo nuestro medio ambiente el aire, excusado es decir que el *reves-airé* no le sorprende á ningún español.

El primer cuidado del jefe de la familia es el sustento cotidiano; la compra y la *cesta*.

Cuanto se relaciona con el *partido*, es simpático ó indispensable, excepción hecha de las traviesas.

Hasta las alpargatas nos las envidian los generalísimos de todos los ejércitos extranjeros.

¿Y aun habrá obcecados que no vean en el *PELOTARISMO* nuestra misión en la murga europea, cuando España empieza precisamente en IRÚN, uno de nuestros primeros pelotaris?

De San Sebastián vuelven las familias con una *cestita* por barba y media docena de pelotas.



Se organizan partidos caseros en el pasillo, por ser lo más parecido al frontón, y se le pega un pelotazo al vasar ó á la alacena.

Los vestíbulos y galerías de los ministerios y otros edificios del Estado están convertidos en *Jayes-Ayes* por los hijos de los empleados.

A uno de la clase de quincuagésimos le alargó un pelotazo en la nuca el chiquito del subsecretario de un ministerio.

—Tiene usted la cabeza torcida, le dijo al verlo el padre del pequeño pelotari.

—Sí, señor; ha sido su niño de usted, que, por cierto, con el tiempo llegará á dejar tamañitas las pedradas de Pedrós. Si viera usted con qué gracia me ha mandado al cogote una pelota de *remonte*.

—Sentiré que le haya lastimado, Gómez.

—No, señor, al contrario; me ha dejado la cabeza torcida, lo cual me sirve de placer. Hago cuenta que estoy recostado en una almohada.

Por lo visto, también Gómez es pelotari.

Hay muchos que rebasan los límites de la subordinación y respeto debidos al superior y se pasan al *pelotarismo*.

Pero volvamos al verdadero *pelotarismo* y contemplemos á las manolas, las más aficionadas á los toros, cómo se engalanán con sinnúmero de pelotitas de seda negra sin comprender que la pelota había de matar á los toros.

Díganlo si no los toreros; y aun mejor lo dijeron, á tener lengua apropiada, los mismos toros embolados.

Para desvirtuar un toro y reducirle á la nada se le embolla.

Un toro con una pelota en cada pitón deja de ser toro para convertirse en *taureau français* ó en un Juan Lanas.

Véase cómo desde la invención del toreo debió preverse que la pelota había de dar la puntilla á la fiesta equivocadamente llamada nacional.

La fiesta nacional por excelencia debe ser el partido de pelota.

Que se saque á votación, después de vistos uno y otro espectáculo y después de haberlos paladeado.

Son ya muchos los que hoy protestan de que se llame nacional á un espectáculo cuyos héroes lidian malamente chivos, van afeitados, usan moño postizo, visten seda bordada, llevan las pantorrillas al aire y zapatito escotado como una sifide.

Ese género sólo puede dar carácter de nacionalidad á un pueblo degenerado, de costumbres vergonzosas como la Roma decadente.



El pelotari se deja en la cara el vello que le concedió la naturaleza como distintivo de su sexo.

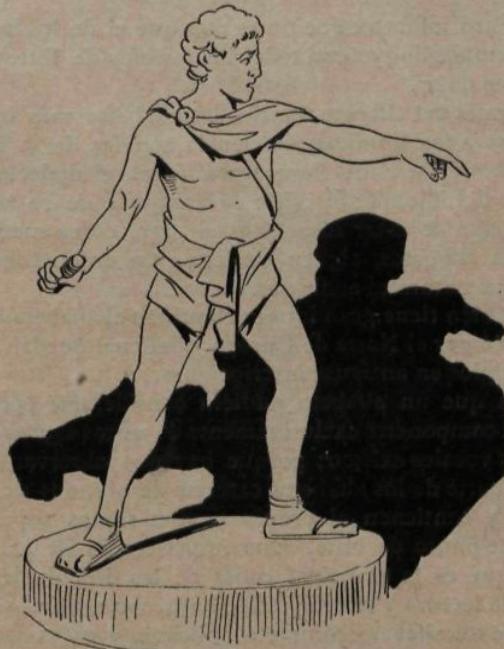
No sale á la calle á hacer el farolero; por eso viste sin pretensiones ni deslumbrantes charrerías, y siempre sin menoscabo del buen gusto y del decoro públicos.

Durante su trabajo no es insultado con las frases más groseras de una muchedumbre ebria de sangre, sino aplaudido por un público digno y culto que apenas si se permite una ligera indicación de desagrado.



Sus movimientos son viriles, sin desplantes afeminados ni pasitos de mujerzuela.

La fotografía instantánea reproduce en ellos las clásicas estatuas de *El gladiador* y *El discóbolo*.



Beloqui, apoyado en la pared lateral del frontón, descansando, mientras ruborizado por sus pifias escondía el rostro, una tarde le confundí con una estatua de piedra de lo más original conceible.

Más valiera alimentar mejores ideales que el *pelotarismo*; pero si nuestra debilidad nos conduce fatalmente á una chifladura forzosa, sea ésta la pelota y que ella nos redima de la chulitauromaquia ante los extranjeros bien educados.

MELITÓN GONZÁLEZ.

Mesa revuelta

A pesar de la gran diversidad de idiomas y de escrituras, por el número, nombre, orden y hasta la forma de sus caracteres, la mayor parte de los alfabetos ofrecen tantos puntos de semejanza que demuestran claramente un origen común. Los egipcios, los caldeos y fenicios disputábanse el honor de haber inventado la escritura alfábética, y según la opinión más generalmente admitida la gloria de este precioso invento pertenece á los fenicios, cuyo alfabeto ofrece, por lo demás, grandes analogías con el de los caldeos, hebreos, sirios, árabes, persas y armenios.

Cuando los griegos colonizaron la Italia introdujeron su alfabeto entre el pueblo etrusco, y éste, á su vez, lo transmitió con ligeras variantes en la forma de los caracteres al pueblo romano, que lo extendió por toda Europa. El alfabeto griego en su origen no tenía más que 16 letras; Palamedes, según se cree, inventó durante el sitio de Troya 4 letras más; cinco siglos más tarde Simoni des añadió todavía otras 4. El alfabeto latino importado de Grecia por el arcadio Evandro no tuvo al principio, como lo prueban las inscripciones etruscas, más que 16 letras y hasta mucho más tarde no le añadieron 7 letras más. Claudio se propuso introducir 3 nuevos signos, pero esta innovación no duró más tiempo que su reinado.

Nuestro alfabeto, que no es más que el de los latinos, y es el empleado por casi todos los pueblos de Europa, se compone de 27.

Después del alfabeto fenicio, los alfabetos más interesantes para los hombres de ciencia son los de la India, particularmente el de *Devanagari*, ó sea el dialecto más perfecto del idioma sánscrito: se compone de 50 signos, y en lugar de estar dispuestos al azar, como sucede en nuestros alfabetos, siguen las letras un orden filosófico según sus naturales analogías.

También tiene gran interés científico el alfabeto rúnico esparcido por el Norte de Europa y del cual quedan escasos vestigios en antiguas inscripciones.

Para que un alfabeto pudiera considerarse perfecto, debería componerse exclusivamente de tantos signos como sonidos vocales existen; porque hay que observar que la mayor parte de los alfabetos carecen de algunos de estos signos y contienen al propio tiempo signos superfluos bajo este punto de vista. Esta imperfección de los alfabetos, que es la principal causa de las dificultades que ofrece la lectura y la ortografía, ha hecho sentir la necesidad de un alfabeto completo aplicable á todas las lenguas; los ingleses Wilkins, Delgarno y Lodwick, Leibnitz en Alemania y Delrosses y Volney en Francia han intentado llenar este vacío, pero sin alcanzar resultado alguno positivo.

Había en Roma un senado-consulto que prohibía á las tropas el paso del Rubicón.

«General ó soldado, veterano ó recluta, hombre armado sea quien fueres, detente, plega tu bandera, depón las armas y no dejes pasar al Rubicón ni á tus estandartes ni á tu ejército.»

Esta inscripción estaba grabada en una piedra colocada junto á la orilla. Durante la lucha que César sostuvo contra Pompeyo, dirigíase aquél contra Roma; al

hallarse junto al río se detuvo y dudó por mucho tiempo si lo pasaría, pero animado luego por varios prodigios que le parecieron signos favorables á su empresa, exclamó: «¡la suerte está echada!» y pasó el Rubicón seguido por su ejército.

Así es que la frase «pasar el Rubicón» se usa cuando se quiere hacer notar la gravedad de una resolución que se ha tomado.

Viendo un patán que su burro no quería atravesar un arroyo por más palos que le daba, se lo echó al hombro exclamando:

—A entendimiento me ganarás, pero á fuerza no.

En la marcha de los siglos, lo mismo que en la de un ejército, siempre hay rezagados.—NAPOLEÓN.

El espíritu humano avanza de continuo, pero avanza en línea espiral.—GOETHE.

Recreos instructivos

XV

—Hoy vamos á revolucionar teóricamente el terreno de esta tranquila comarca.

—¿De qué manera?

—Producido un volcán en pequeño en el claro del bosque; volcán con todo su aparato de fuego, humo y rayos, aunque suprimiremos las víctimas, porque no es lícito llevar hasta al extremo la imitación.

Los preparativos serán sencillos y los materiales nos los va á suministrar el cuartito anejo de la bodega.

¿Usted sabe, Sofía, de qué elementos se compone la pólvora?

—Sí, señor; de carbón azufre y salitre.

—Muy bien: pues el azufre debe entrar por fuerza en la composición de los fuegos artificiales: por esto el diablo en los cuentos y leyendas apesta tanto á azufre: la verdad es que las emanaciones y los efectos de ese metaloide son verdaderamente diabólicos.

En Italia, país volcánico por excelencia, se encuentran las solfatara ó bocas sulfúricas que parecen verdaderos respiraderos del infierno: encima de una solfatara colocaban el trípode de las pitonisas antiguas, y envueltas en los vapores sulfurosos parecían tener esos sueños ó visiones proféticas de que tanto hablan los autores.

El azufre canta también: ahora vamos á probarlo: he aquí un cilindro de azufre, producto de la fusión del polvillo que dejan al condensarse los vapores sulfurosos: usted, Sofía, abarque con la mano el cilindro y póngaselo junto al oído; al cabo de un ratito oirá usted unos pequeños chasquidos que parecen como el conjunto de las mínimas quejas de las moléculas del mineral.

—¡Es verdad! parece que se rompen miles de platos microscópicos.

—Son los platos de los *gnomos*.

—¿Qué son *gnomos*?

—¿Usted no lo sabe, Clarita? pues son unos enanetes fabulosos que, según las leyendas alemanas, pueblan las entrañas de la tierra en legiones innumerables: son pe-

queños aunque tienen una cabeza, pies y manos excesivamente desarrollados: trabajan sin parar y arrancan las riquezas minerales del seno de la tierra; esa ficción es una de las más poéticas con que el pueblo se explica á su

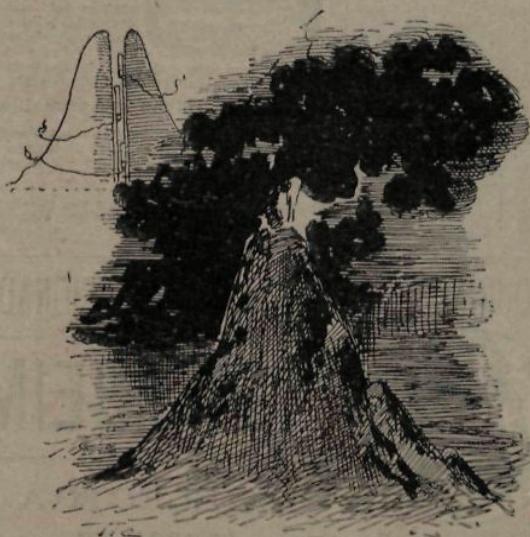


manera las maravillas del trabajo invisible de las moléculas. Desde que existe el mundo, el hombre ha presentido la Divinidad en lo alto, y ha adivinado el trabajo incesante de los pequeños seres.

Pero vamos á volcánizar, porque se hace tarde; preparamos el cono que ha de representar el Vesubio, y en cuanto anochezca haremos que vengan todos á contemplar el espectáculo. ¡Lástima que ya no esté aquí el primo!

— ¿Por qué?

—Para que imitara á Chateaubriand poniendo su planta en el cráter del volcán; es de la única manera que le es dado imitarle. Manos á la obra y dejemos las digresiones; aquí están las limaduras de hierro y la flor de azufre, mezclados en la proporción de 2 á 1; es decir, que por cada libra de azufre hay dos de limaduras; modelaremos una montañita que imite un volcán, dejando en el vértice de la montaña una pequeña abertura parecida á un cráter; á trechos, y siguiendo la dirección del eje del cono, cubierto de tierra, pondremos algunas bolas de pólvora y cohetes unidos á mechas largas encendidas, para que estallen de tanto en tanto: al cabo de un rato, las limaduras y el azufre, combinando sus cualidades químicas, se reaccionarán y por el cráter aparecerán espesos penachos de humo imitando en pequeño, pero con mucha perfección,



ción, las erupciones volcánicas. Ahora ya está todo preparado; vamos á reunir los espectadores.

En el centro de la tierra tienen lugar parecidos fenómenos; al combinarse los elementos minerales desarrollan calor, producen gases, y por consecuencia se agrieta el suelo, dando paso á las erupciones, y aglomerándose las lavas que se vierten por la abertura, forman los conos á que damos el nombre de volcanes.

El azufre tiene grandes aplicaciones; se emplea en la industria, en la agricultura, en la medicina y en las artes: es un poderoso desinfectante, aunque sus emanaciones sean deletéreas para la respiración cuando se mezcla con el aire en una proporción dominante.

Los manantiales de aguas sulfurosas son muy abonados para combatir las enfermedades de la piel; sirve el azufre para preservar las vides de varias plagas, para conservar el vino, y para mil usos más; pero sus buenos servicios no compensan el inconveniente de contribuir á la formación de la pólvora, que tantas útiles vidas ha suprimido de la haz de la tierra.—JULIÁN.

Solución á la cruz enigmática anterior:

L
ORO
OSO
CRISTOS
CRISTÓBAL
CORISTA
TOS
SAL
ROS
TÍA
LÍO
C

CHARADA

— ¡Juanita! — ¿Qué se le ofrece?
— *Tres segunda, prima dos*
dé á la muchacha por Dios,
que la luz ya desfallece.
Y sin hacer aspaviento
veremos juntas el *todo*
y el *todo* será de modo
que dé grato espacamiento.

TERESA ANDRÉS.

PROBLEMA

Poner en ocho columnas ocho cifras diferentes, de modo que sumada cada columna de arriba abajo ó de derecha á izquierda den todas por resultado la cantidad **42**.

Comunicado por D. JOSÉ MONTÓN, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondentes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica, — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.ª—Málaga; don Luis Duarte.

CRISTOBAL COLÓN

SU VIDA — SUS VIAJES — SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles. — Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteáticas y transparentes, blancas y en colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáticos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

POR EL

Dr. C. KRAUZ

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4º, impreso con papel superior y tipos claros, y no obstante sus recomendables cualidades se vende al infinito precio de 20 reales.



Píldoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra píldora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia.

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tome las Píldoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y C.ª, Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis. — BARCELONA —